

## DON BERNARDINO FERNÁNDEZ DE VELASCO

DUQUE DE FRIAS

---

### Á LA MUERTE DE FELIPE II

Númen de la verdad, mi canto inspira!  
Si en mis alegres años  
Con ardor juvenil pulsé la lira,  
Y el brillo seductor de la hermosa  
Mi estro y mi corazón inflamar pudo;  
Si al eco noble del clarín guerrero,  
Con ademán sañudo,  
De San Quintín en la sangrienta arena  
Blandí animoso el toledano acero;  
Si, con la sangre de mis venas tinto,  
En mi fiel arcabuz tronó la muerte  
Sobre el antiguo golfo de Corinto;  
Lejos del mundo, y de sus pompas lejos,  
Habitador del claustro solitario,  
De Felipe el Prudente alto renombre,  
Ofrenda de piedad, regio santuario,  
Hoy de las musas el favor imploro;  
Cual mi santo Doctor, que yo venero,

— 101 —

En su retiro austero,  
Aunque anegado en penitente lloro,  
Del genio admirador, también solía  
De Augusto recordar el siglo de oro.  
Suene mi voz, difúndase mi acento  
Por cuanto baña el sol y el mar abarca,  
Y ante el áureo ataúd donde la Parca  
Ya las cenizas de mi Rey encierra,  
De la envidia á despecho y la mentira,  
Númen de la verdad mi canto inspira!  
Aun alumbrando el sol el agria sierra,  
Y el Héspero rayando en occidente,  
Al santo monasterio se encamina,  
Con innúmero pueblo y marcha lenta,  
Regia carroza, que entre palmas de oro,  
En su imperial las águilas sustenta.  
«¡El Rey! ¡el Rey!» la muchedumbre clama,  
Con fieles vivas fatigando el viento;  
Los címbalos repican en las torres,  
Y ensordece el cimborio agigantado,  
La inmensa lonja, el colosal convento.  
El Rey, un tiempo admiración del mundo,  
Cercano á dar el postrimer aliento,  
En brazos de sus monjes apoyado,  
Desciende y cruza con penosa planta  
El monástico pórtico sagrado.  
Negro chapeo con rizada pluma,  
Vuelta hacia un lado, su cabeza cubre;  
Un morado gabán lleva vestido,  
De armiños blancos aforrado el cuello,  
Y de un rico cordón de roja seda  
El vellón de Borgoña suspendido,



Á par de una medalla, que sellada  
Del Pescador bajo el anillo santo,  
El Romano Pontífice le diera  
Por parabién del triunfo de Lepanto.  
Póstrase ante el altar que alzara un día,  
Cuando de San Quintín el lauro honroso  
Enlazaba glorioso  
A la rendida espada de Pavia;  
Y un ay lanzando triste y lastimero,  
Entre el llanto que brota de sus ojos,  
Con acento süave  
Fervorosa plegaria al cielo eleva,  
Que repite en su bóveda sonora  
Del vasto templo la crucera nave.

FELIPE SEGUNDO

Eterno Dios! Señor Omnipotentel  
Hoy más que nunca en tu bondad confío,  
Pues mi vida acabar el alma siente.  
Todo brillar de humano poderío,  
Por más que su esplendor al mundo asombre,  
Es leve polvo en el sepulcro umbrío.  
¡Dios de bondad! al invocar tu nombre  
Cuando yo el fin de mi existencia vea,  
La cruz que fué martirio del Dios-Hombre,  
Que cruz de redención para mí sea!  
¡Dios eterno!... ¡Señor!...  
Un sudor frío  
El eco de la voz heló en sus labios,  
Un súbito temblor sus miembros mueve,  
Y cuajadas las lágrimas se agolpan

A sus mejillas pálidas de nieve.  
Cuatro escuderos con afán ansioso  
Y celo fiel al lecho le conducen,  
Y allí el reposo su penar mitiga,  
Y allí el saber humano  
La bienhechora ciencia le prodiga.  
¡Mas ay! ¡que siempre es vano  
A la muerte atajar en su carrera!...  
Y el augusto doliente  
Su aliento postrimer lanzar espera,  
Y clavados los ojos en el cielo,  
Su alma cristiana, de esperanza llena,  
Recibe humilde el divinal consuelo  
Del santo pan de la Sagrada Cena.  
Cual ola que, espumante,  
En su diurnal oscilación extiende  
Por la vecina playa  
El anchuroso mar, zona del orbe,  
Y en cristal dilatado convertida,  
No bien al sol refleja,  
Cuando la blanda arena se la absorbe;  
Así también la vida  
Desde el solio eminente,  
Desde la humilde choza desvalida,  
Arrastrada del tiempo en la corriente  
Por una fuerza oculta,  
En la insondable tumba se sepulta.  
Extraña agitación, tristes clamores  
En el palacio de Felipe cunden,  
Que por el claustro y población á un tiempo  
Con angustiados ayes se difunden.  
«¡Dios inmortal! á nuestro Rey conserva!



Lo ruega España, y nuestra Iglesia Santa  
Te lo ruega también. Aun orgullosa  
Se obstina en el error la gente impía,  
Que, á la impostura y crimen avezada,  
Junta la rebelión con la herejía.»  
Inútil suplicar! El labio yerto  
De la confusa gente,  
Entre suspiros y afligido lloro,  
Sólo acierta á decir: «El Rey ha muerto.»  
En magnífico féretro, adornado  
De seda carmesí y argentería,  
Con auríferas puntas tachonado,  
Y el cetro y la corona,  
De regia potestad emblema y fuero,  
Esculpidos de bronce en el testero,  
Los restos de mi Rey guardados yacen.  
La pompa funeral suntuosa llega,  
Con tardo paso y numerosa gente,  
A la alta puerta cuyo duro gonce  
Al Monarca, señor del pueblo ibero,  
Dos veces, y no más, entrar consiente;  
Y un escudero real con fuerte mano  
Hiere tres veces su robusto bronce.  
De lo interior del pórtico se escucha  
Responder una voz grave: «¿Quién llama?»  
—Para el Prior, contesta el escudero,  
Traigo un pliego del Rey.—«Entrad,» le dice  
Con voz humilde un cenobita austero.  
Pronto la fiel comunidad descende  
Al patio de los Reyes anchuroso,  
Y pronto son abiertas  
Del recinto monástico las puertas.

Con armas pavonadas  
Y una bandera, en cuyo centro brilla  
El blasón de Castilla,  
Un heraldo, presente  
El mensaje del Rey, así lo anuncia:  
«Don Felipe Tercero,  
Nuestro Rey y Señor, á vos encarga,  
Reverendo Prior, que al Rey, su padre,  
Que en santa gloria está, deis sepultura...  
—El Rey lo manda? entrad», sólo repite  
El monje venerable.  
Marchas suenan los roncós atambores,  
Marchas suenan los bélicos clarines,  
Y al peso y retemblar de la armadura  
El fogoso alazán el freno tasca,  
Y enciende el pedernal con la herradura.  
La regia pompa lentamente avanza,  
Y el santo templo llena congojosa,  
En tanto que en un túmulo elevado  
El sarcófago fúnebre aparece,  
De los nobles Monteros de Espinosa  
Por el debido esfuerzo colocado.  
Las armas de Aragón y de Castilla,  
Las árabes cadenas de Navarra,  
Las columnas de Alcides,  
Del sañudo león la altiva garra,  
Las quinas y las águilas se ostentan  
En negro paño recamado de oro,  
Que al eminente túmulo ennoblece;  
Y con el regio manto coronado,  
El cetro de dos mundos resplandece.  
Un pabellón, formado



De pendones rendidos,  
Por la cruz de Lepanto dominado,  
La gloria anuncia del marcial trofeo,  
Y en el suelo arrojado  
El Alcoran de Ali... La numerosa  
Corte vestida de doliente luto,  
Los Grandes y Prelados reunidos,  
El reinante Monarca...  
Todo es grande y solemne  
En tan dignos y justos funerales;  
Y para aumento de la pompa augusta,  
En dos opuestas filas divididos,  
Sirven de armados guardas  
Cuarenta mosqueteros españoles  
Y cuarenta flamencas alabardas.  
Himnos y preces sobre el alto coro  
Las elevadas bóvedas resuenan  
De la iglesia ostentosa,  
Y un docto monje con pausada planta  
Á la cátedra santa  
De la verdad se eleva,  
Y al resplandor de fúnebres blandones,  
Que dan al templo pálido celaje,  
Entre el silencio de las gentes mudo,  
Con grave acento y con ternura, pudo  
Tributar á su Rey este homenage:  
«Ved esa pompa, oh grandes de la tierra!  
Mirad el fin de nuestra vida breve!  
Esa urna cineraria sólo encierra  
De Felipe Segundo el polvo leve.  
Prudente en paz y respetable en guerra,  
Honrar España su memoria debe,

Y por su salvación la Iglesia Santa  
Himnos y preces fervorosa canta.  
»Si el cielo el alta inspiración me diera  
Que hizo inmortal al orador de Aquino,  
Ó si en este lugar me concediera  
Su docta ciencia y su decir divino,  
Quizás entonces reanimado fuera  
En ese augusto túmulo vecino,  
Para ventura de la hispana gente,  
El despojo mortal del Rey Prudente.  
»Si en honra y bien de la nación judía  
En las Sagradas Escrituras leo  
Que al pueblo de Israel defendió un día  
El religioso Judas Macabeo;  
De la reciente pérvida herejía  
También á España defendida veo,  
Haciendo frente al luterano bando  
Del Católico Rey el justo mando.  
»Mas ¡ay! que, débil el acento mío,  
No puede sublimarse á tanta altura,  
Para hablar del cristiano poderío  
Con que Felipe gobernar procura,  
Ni cuál resiste al heresiarca impio  
Con fe constante, vigorosa y pura,  
Sin que un rayo de luz baje del cielo  
Á herir mi frente y alumbrar mi celo.  
»La virgen celestial que á la serpiente  
Holló en Belén con poderosa planta,  
Que es de bondad inagotable fuente  
Y hermosa y pura y mediadora y santa,  
Madre inmortal de la cristiana gente  
Y madre del Dios mártir sacrosanta,



Porque su amparo y protección logremos,  
Con el ángel Gabriel invocaremos.

Et repulsi sunt inimici ejus pro  
timore ejus, et omnes operarii ini-  
quitatis conturbati sunt: et directa  
est salus in manu ejus.

MACHAB., lib. I, cap. 3.º, v. 6.

»Cansado de reinar Carlos Primero,  
Desciñe de su frente la corona,  
Y por el claustro solitario, austero,  
Las mundanas grandezas abandona:  
Con renombre de célebre guerrero  
La fama militar le galardona,  
Pues con las armas imponiendo leyes,  
Fué honor de España, admiración de reyes.

»Al trono de la vasta monarquía  
Que siempre en su carrera el sol alumbra,  
El Rey que vemos en la tumba fría,  
Por la renuncia paternal, se encumbra;  
Mas á quien lleva la virtud por guía  
Nunca del mando el esplendor deslumbra;  
Que la gloria del mundo es sombra vana,  
Y frágil barro la existencia humana.

»Santa doctrina! ¡Máxima sublime,  
No olvidada jamás del Rey Prudente,  
Que nunca al pueblo con su cetro oprime,  
Ni desoye el clamor del inocente;  
Que el desenfreno criminal reprime  
Con el castigo que la ley consiente,  
Y vela porque el oro ó la malicia  
No perviertan la voz de la justicia!

»Nunca juntos tan célebres varones  
El honor español miró afamado,

De ciencia y de virtud y de blasones,  
Como en su justo paternal reinado:  
Magistrados, prelados, campeones,  
Todos gozan renombre respetado...  
Mas del trono á los fúlgidos destellos,  
Se ve más grande el Rey que todos ellos.

»No hay que olvidar que á la guerrera gloria  
Esta suntuosa fundación debemos,  
Y que de San Quintín por la victoria,  
Aquí prodigios de las artes vemos;  
Ni que hoy su nombre en la futura historia  
Con esta excelsa pompa aumentaremos,  
Como que su esplendor se ostenta y brilla  
En la del mundo octava maravilla.

»Del final porvenir alzando el velo  
En la techumbre del grandioso coro,  
El pincel de Cambiazzo anima el cielo  
Con etéreo fulgor y nubes de oro:  
El canto que entonó piadoso celo  
Vuelve, y retumba el artesón sonoro,  
Presagio fiel del eco tremebundo  
Que el término fatal anuncie al mundo.

»Aun te miro, ¡oh mi Rey! en la escabrosa  
Cima sentado del vecino monte,  
Cortando esta basilica famosa  
A tu vista la luz del horizonte;  
Y en medio de su fábrica ostentosa,  
Porque tu docta fama te remonte,  
Sobre su forma y construcción severa  
Dar gloria al arte, inspiración á Herrera.

»Sagrada Religión! Tú en algún día,  
Con el signo del Gólgota en la mano,



Que sólo un Dios santificar podía  
Muriendo en él por el linaje humano,  
Humillando la falsa idolatría  
Y dominando al alto Vaticano,  
Tú hiciste con tu luz en todas partes  
Al Cristianismo genio de las artes.

»Mas ¿cómo, ante la tumba que presente  
Tengo á mis ojos, olvidar pudiera  
El triunfo que en el piélago inclemente  
Nuestra bizarra flota consiguiera!  
¿Quién hay que, al recordar al Rey Prudente,  
No recuerde también la rabia fiera  
Del feroz musulmán, que con espanto  
Hundido su poder lloró en Lepanto!

»Con suelta vela y favorable viento,  
Ostentando la cruz en la alta popa,  
Y vivas elevando al firmamento  
Sobre cubierta la marina tropa,  
Surca atrevida el húmedo elemento  
La armada fiel de la cristiana Europa,  
Y deja de Corcira las riberas,  
Llevando al golfo naves y galeras.

»En los palos las velas recogidas,  
Y el ancla férrea fatigando el cable,  
Las musulmanas proras reunidas  
Aguardan con valor imperturbable;  
Pero pronto á los vientos extendidas,  
Y el áncora levada formidable,  
En ordenada línea se colocan,  
Y al combate mortífero provocan.

»Toda la gente en la cristiana armada  
De popa á proa la cubierta encubre,

Y, por el Joven de Austria levantada,  
La redentora enseña se descubre  
Con la divina imagen enclayada  
Que el Santo Leño con su sangre cubre;  
Y al ver la Cruz, ruidosa gritaría  
Se alza al cielo con voces de alegría.

»Eran de ver aquellos campeones,  
En santa compunción puestos de hinojos,  
Repitiendo piadosas oraciones,  
Mezcladas con el llanto de sus ojos;  
Empero sus guerreros corazones  
Brotando sangre, respirando enojos,  
Ansian volar á la naval pelea,  
Porque triunfar la Cruz el mundo vea.

»Viento contrario á la creyente flota  
Viene á impulsar las naves otomanas  
Que, cambiado, las deja en su derrota,  
Para la vela hinchar de las cristianas.  
El mar ondisonante se alborota,  
Y salpica banderas y mesanas,  
Y de pólvora, en fin, un humo denso  
Cubre con su vapor el golfo inmenso.

»Súbito aquella niebla payorosa  
Milagroso huracán arroja al lado  
En que de Alí la escuadra poderosa  
El combate sostiene encarnizado:  
Don Alvaro Bazán, que la animosa  
Reserva manda, acude acelerado,  
Porque un error el otomano aprecia  
Para rendir seis naves de Venecia.

»Enarbolando negras banderolas,  
Y enhiesta en el bauprés una cuchilla,



Rompiendo de la mar las crespas olas,  
Siroco, el albanés, mueve su quilla.  
Fuego por las abiertas portañolas  
Lanza sobre las velas de Castilla;  
Truena el cañón, el piélagos retumba,  
Y en la playa vecina el viento zumba.

»Mas Bazán á la nave emprendedora  
La suya atraca, le barrena el casco,  
Y pegándole fuego por la eslorá,  
Revienta cual durísimo peñasco...  
Así fenece la guerrera prora  
Celebrada en Esmirna y en Damasco  
Por su estrella feliz en los combates  
Cuando guardó las bocas del Eufrátes.

»El de Austria, con diez buques españoles,  
De los contrarios el costado gana,  
Y venablos y balas arrojóles  
Desde su hermosa prora castellana;  
Y enredando á los suyos los penoles  
De la enemiga nave capitana,  
Animado de bélico coraje,  
Grita con fiero ardor: ¡Al abordaje!

»Entonces salta al bordo contrapuesto  
Con los suyos, armados de machetes,  
Sin que contengan su arrojado arresto  
El fuego de arcabuces y mosquetes:  
Con firme obstinación defiende el puesto  
El turco con soldados y grumetes;  
Corre la sangre y se desborda pronto,  
En pos bajando á enrojecer el Ponto.

»Viendo Don Juan en la tenaz refriega  
Que la palma triunfal incierta vaga,

Corre á la popa, y con audacia ciega  
De Ali en el corazón hunde la daga;  
Sobre el alcázar que la sangre riega,  
Con el turco Sanjac el viento halaga,  
Y exclama, lleno de arrogancia y gloria:  
*Viva la Religión! viva! Victoria!*

»A su voz en las naves y galeras,  
Del otomano fiero vencedoras,  
Se ostentan en los palos las banderas  
Con palmas y coronas triunfadoras;  
Y las vencidas gentes altaneras  
Cruzan la mar con sus flotantes proras,  
Llenas de asombro y de mortal cansancio,  
A llevar su terror hasta Bizancio.

»Fué del Prudente Rey el poderío  
De moros y de herejes escarmiento,  
Firme rival del Támesis umbrío,  
Duro azote del Sena turbulento,  
Gloria del trono, de la Iglesia brío,  
Temido en Flandes, respetado en Trento;  
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,  
Hubo un cetro, un altar y una bandera.

»Vosotros, los que, al túmulo cercanos,  
El féretro guardáis, abridlo luego;  
Y ante esos restos míseros humanos  
La verdad me dará lengua de fuego:  
Y no con los acentos cortesanos  
La voz al viento vagaroso entrego,  
Pues lá cátedra santa se profana  
Con falso aserto y con lisonja humana.

»Horrendo crimen, que la envidia pudo  
Sólo inventar con fiera alevosía,



Más vil é infame que puñal agudo  
Clavado en bienhechor á sangre fría,  
De apoyo cierto y de razón desnudo,  
Se atribuyó á Felipe con impía  
Calumnia, que brotó suelo extranjero...  
¡Crimen horrible, que expresar no quiero!

»El joven Carlos, en la edad fogosa,  
Las fieras fatigaba en la carrera;  
El cierzo frío ó siesta calurosa  
Nunca esquivaba su índole altanera...  
Quizá lisonja astuta y codiciosa  
Su loca sed de mando enardeciera;  
Que de ambición los pérfidos engaños  
Culpan de lento el curso de los años.

»Postra al Príncipe augusto fiebre ardiente  
En el rigor del abrasado estío,  
Y el término fatal llegar presente,  
Que abre los senos del sepulcro frío;  
Y á un religioso anciano y penitente,  
Esforzando su voz, aliento y brío,  
Pidió que santa absolución le diera  
Antes que su alma al Hacedor rindiera.

»El padre Rey, con alma enternecida,  
Y su semblante en lágrimas bañado,  
Por entrada á las gentes escondida,  
Y de solo un ujier acompañado,  
Con mano temblorosa y extendida,  
Bendice al moribundo acongojado,  
Y en voz quebrada y compasivo tono  
Exclama: *Hijo infeliz! Yo te perdono.*

«Esta es, ¡oh mundo! la verdad entera:  
No hay que escuchar á la impostura impía.

La voz de la verdad es duradera  
Más que el eco de pérfida falsía.  
Cuando del Duque de Alba la guerrera  
Espada á los rebeldes combatía,  
Hizo cundir por su marcial falange  
Esa calumnia el Príncipe de Orange.

»¡Eterno Dios, que, en majestad vestido,  
Das á los orbes rumbo y movimiento,  
Que pones coto al mar embravecido,  
Y refrenas el ímpetu del viento!  
Tú, que del hombre á la maldad vendido  
Sabes frustrar el atrevido intento;  
Tú, que á las huestes por honor y gloria  
Concedes el laurel de la victoria;

Tú, que al pecho cristiano fortaleces  
En las tribulaciones de la vida,  
Y, bondadoso padre, te enterneces  
Al invocarte el alma arrepentida;  
Tú, que á tu santa religión ofreces  
Que, por tu fuerte brazo defendida,  
No han de poder contra su dogma eterno  
Prevalecer las puertas del infierno;

»Los ojos vuelve á la afligida España,  
Que por su amado Rey lágrimas vierte,  
Hoy, que vano saber al mundo engaña,  
Y con villana astucia lo pervierte;  
¡Inaudita maldad! ¡Infame hazaña,  
Sembrar do quiera destrucción y muerte,  
Porque tremole la altivez impía  
La bandera procaz de la herejía!

»Nunca, ¡oh mi Dios! en nuestro patrio suelo  
Germinen la semilla venenosa;



Que tanto estrago y amargura y duelo  
Del Reno esparce en la ribera umbrosa.  
Como de Recaredo el santo celo  
De Arrio venció la secta poderosa,  
De España aleja la falaz doctrina,  
Que ya cercanos reinos contamina.

»Que no miren mis ojos afligidos  
Por tierra los católicos altares,  
Ni sus santos ministros perseguidos,  
Ni enmudecer sus preces tutelares,  
Ni por el luterano destruidos  
Estos santos monásticos hogares,  
Ni del cisma espantoso los horrores  
Aparten de su grey á los pastores.

»Ay! que el error su predominio extiende!  
¿No veis que ya en su cuna no se encierra,  
Y en sus tramas sofisticas comprende  
Á la antigua cristiana Ingalaterra?...  
Tu brazo, ¡oh Dios! á nuestra España tiende,  
Para hacer al infierno cruda guerra:  
Tú, sin dar á Satán tregua ni pausa,  
Levántate, Señor, juzga tu causa.

»¡Oh Felipe, Tercero de este nombre,  
Que hoy á tu padre en el sepulcro lloras!  
Aumenta tu clarísimo renombre  
Defendiendo la fe del Dios que adoras;  
Que tu firmeza al universo asombre  
Contra audaces doctrinas novadoras,  
Y justifiques en tu augusto mando  
Ser digno sucesor de San Fernando.

»¡Alma del Rey que inanimado miro!  
¡Rey malogrado entre el comun lamento!

¡Rey que rendiste el último suspiro  
Elevando tu vista al firmamento!  
Ese estrellado globo de zafiro,  
Del solio del Señor eterno asiento,  
La gloria celestial gozar te vea.  
¡Rogad, fieles, á Dios porque así sea!»

---

Terminó el orador: con marcha grave  
El fúnebre concurso se difunde  
Del regio templo, por la inmensa nave.  
Las gradas del altar cuatro maceros  
Y guardas y monteros  
Suben, llevando el féretro ostentoso...  
«Descanse en paz,» el cántico decía;  
«Descanse en paz,» el eco repetía.  
Y Felipe Segundo, ya en la tumba,  
En silencio eternal, mudo testigo  
De las pompas mundanas,  
Y sordo á la verdad y á la lisonja,  
Ni oye el triste clamor de las campanas  
Ni el tronar del cañón en la ancha lonja.

---